



Elucidar el triunfo de Cambiemos sin cuestionar la democracia.

Nuevos desafíos para la intelectualidad crítica argentina

Sebastián Botticelli

Question/Cuestión, Nro.69, Vol.3, agosto 2021

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS –UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e550>

**Elucidar el triunfo de Cambiemos sin cuestionar la democracia
Nuevos desafíos para la intelectualidad crítica argentina**

**Elucidate the triumph of Cambiemos without questioning democracy
New challenges for Argentine critical intellectuality**

Sebastián Botticelli

Universidad de Buenos Aires

Argentina

sebastianbotticelli@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-6071-3289>

Resumen

El triunfo de la Alianza Cambiemos en 2015 fue descrito como la primera vez en la historia argentina en la que un partido cuyo ideario resultaba fácilmente vinculable con las tradiciones oligárquicas, los principios conservadores y la impronta neoliberal lograba imponerse en una elección presidencial democrática. Este novedoso emergente supuso para la labor de los intelectuales que habían apoyado explícitamente al kirchnerismo desplegaron una serie de

argumentos, muchos de los cuales endilgaban al electorado macrista una serie de carencias que iban desde lo cognoscitivo hasta lo moral. El presente artículo se propone mostrar que, en tanto comportan una negación del principio de igualdad, esos argumentos desarrollados por la intelectualidad crítica incluyen derivas que terminan poniendo en entredicho a la democracia, no sólo en lo que respecta a sus dinámicas institucionales sino también en lo concerniente a sus posibilidades en tanto modo de organización socio-política. Atendiendo al rol que han desempeñado las dictaduras cívico-militares en la configuración de la vida política argentina, el texto concluye destacando la importancia estratégica de defender la democracia más allá de cualquier desazón que pueda producir un resultado electoral.

Palabras clave: Democracia; Principio de igualdad; Representación política

Abstract

The triumph of Cambiemos Alliance in 2015 was described as the first time in Argentine history that a party whose ideology was easily linked to oligarchic traditions, conservative principles and the imprint of neoliberalism managed to prevail in a democratic presidential election. This new emergent posed an unprecedented challenge for the work of critical thinking. By accounting for this phenomenon, most of the intellectuals who had explicitly supported Kirchnerism made a series of arguments, many of which saddled the Macrist electorate with a series of deficiencies ranging from the cognitive to the moral. The purpose of this article is to show that, as long as they involve a denial of the principle of equality, those arguments developed by the critical intellectuality include a dangerous series of drifts that end up calling democracy into question, not only in terms of its institutional dynamics but also regarding their possibilities as a socio-political organization. Taking into account the role that civic-military dictatorships have played in shaping Argentine political life, the text concludes by highlighting the strategic importance of defend democracy beyond any electoral result.

Keywords: Democracy; Principle of equality; Political representation

Introducción

Tras una larga década de gobiernos orientados hacia la integración regional, el desarrollo productivo, la ampliación y profundización de derechos, y –cuanto menos desde sus invocaciones discursivas– la preocupación por la reducción de la desigualdad en sus diversas formas, el cambio de signo político que se repitió en varios países de la región suramericana a partir de 2015 supuso para la labor del pensamiento crítico un desafío inédito.

En Argentina, el triunfo electoral de la Alianza Cambiemos fue descripto por los simpatizantes del hasta entonces oficialismo como la primera vez en la historia del país en la que se imponía en una elección presidencial democrática un partido cuyo ideario resultaba fácilmente vinculable con las tradiciones oligárquicas, los principios conservadores y los criterios impulsados por el neoliberalismo.

Ante este emergente novedoso, la mayoría de la intelectualidad crítica –que había apoyado explícitamente al kirchnerismo– cayó en un azoramiento del cual aún le cuesta salir, lo que resulta comprensible: desde la perspectiva de este grupo, la sociedad argentina asistía a un siniestro espectáculo en el cual una horda de empresarios de cuello blanco y estirpe oligárquica, sujetos formados en gerencias de bancos y directorios de empresas, y entrenados en la custodia de los intereses de los grandes capitales concentrados, se imponían en las urnas y avanzaban sobre las instituciones del sector público invadiendo ministerios y secretarías, gobernaciones y municipalidades. Desde allí, esa temible ceocracia bárbara establecía alianzas políticas, generaba vínculos con movimientos sociales y suscitaba imprevistas expresiones de apoyo. De pronto, esa pintura dantesca que desde hacía décadas dominaba la escena electoral de la Capital –inagotable resabio del viejo unitarismo que concentró a la población y a la producción económica en las cercanías del puerto– lograba extenderse más allá de la frontera de Buenos Aires. El gobierno nacional, que hasta ese momento siempre había sido bastión de los partidos tradicionales, era ocupado nuevamente por defensores de intereses foráneos, tal como había ocurrido en cada una de las repetidas dictaduras que durante el siglo XX asolaron Argentina. Pero la historia no se repetía con exactitud, pues la Alianza Cambiemos había llegado a la Casa Rosada sin disparar un solo tiro, sin movilizar un solo tanque. En esta oportunidad, la democracia había decidido. Y eso la convertía en responsable, e incluso en cómplice.

Durante un tiempo demasiado extenso, la intelectualidad crítica buscó a tientas una explicación. Sin terminar de salir de su sorpresa, los intelectuales denunciaron la ingratitud de un pueblo que no habría sabido reconocer todo lo que el kirchnerismo le había dado, señalaron las falsas promesas sobre las que el macrismo había articulado su campaña, acusaron a los medios de comunicación hegemónicos de engañar a la población articulando un tsunami de *fake news*, y establecieron un sinfín de paralelismos entre la Alianza Cambiemos y los momentos más lóbregos de la historia argentina.

Hubo que esperar varios meses para que la intelectualidad crítica comenzara a asumir que la aparición del macrismo no era fácilmente interpretable desde las categorizaciones habituales. Buscando exorcizar los fantasmas del desconcierto, *El ojo mocho* –revista cultural y política de larga trayectoria– encabezó uno de sus números con la pregunta “¿Qué es esto?” (AA.VV, 2016: 3). Esa misma pregunta fue articulada por el filósofo Diego Tatián (2019) en una de las entradas de su *Bitácora de la resistencia* para resaltar el carácter oscuro y enigmático que revestía la «naturaleza de lo que tenemos delante» (p. 13).

Sin embargo, los intentos por dar cuenta de esa pavorosa novedad seguían siendo deudores de enfoques que resultaban deficientes desde sus puntos de partida. Las indagaciones persistían en la búsqueda de las causas de la derrota del kirchnerismo sin atender a los motivos del triunfo de la oposición. La preocupación de los intelectuales apuntaba a desentrañar lo que el advenimiento del macrismo ocultaba, pero no se detenía a observar lo que ese fenómeno mostraba, incluso a simple vista.

En definitiva, la tarea de dar cuenta del acontecimiento que implicó el éxito electoral de Cambiemos supuso una exigencia que la intelectualidad crítica llevó a cabo de manera insatisfactoria. Esto se verificó especialmente en las explicaciones que tuvieron mayor circulación, las cuales se caracterizaron por achacar a las y los votantes del macrismo anomalías cognoscitivas y deficiencias morales.

El presente artículo se propone señalar que aquellas interpretaciones surgidas a partir de 2015 que adjudican a las y los votantes de la Alianza Cambiemos un conjunto de carencias incluyen una peligrosa serie de derivas que terminan poniendo en entredicho a la democracia, no sólo en lo que respecta a sus dinámicas institucionales sino también en lo concerniente a sus posibilidades en tanto modo de organización socio-política. Se intentará mostrar que dichas interpretaciones se fundamentan en una comprensión incompleta y demasiado esquemática de

los elementos que involucran, en particular, en lo que respecta a la relación entre la democracia y las dinámicas de la representación política. Se buscará argumentar que estas deficiencias habilitan un diagnóstico equívoco y, consecuentemente, delimitan un campo de acción acotado, lo que supone un penoso lujo que hoy, ante la urgencia a la que nuestra actualidad nos enfrenta, la intelectualidad crítica no puede permitirse.

Las explicaciones de la intelectualidad crítica: votantes necios, idiotas y miserables

Los argumentos con los que la intelectualidad crítica se propuso explicar el triunfo de la Alianza Cambiemos aparecieron en algunos artículos académicos y algunos libros, pero especialmente –haciendo honor a las principales tradiciones del pensamiento latinoamericano– en ensayos y en columnas de opinión. Dichos argumentos expresaron una mezcla de indignación y asombro que fue acrecentándose con cada resultado electoral.

La elección presidencial de 2015 supuso una primera gran sacudida frente a la cual la intelectualidad crítica tardó en reaccionar. Aparecieron en ese momento preguntas como las siguientes: ¿cómo fue posible que las y los votantes se hayan inclinado por un candidato proveniente del núcleo mismo de todo aquello que es contrario a las mayorías? ¿Qué clase de electorado cae en las redes de semejante engaño? ¿Tan profunda es la amnesia que afecta a nuestro pueblo como para no reconocer en la figura de Macri la continuidad de los procesos más oscuros de nuestra historia? La elección legislativa de 2017 reforzó esas sensaciones: ¿cómo es posible que el macrismo haya logrado imponerse tras dos años en los que se devaluó el tipo de cambio, se multiplicó la inflación, se aumentaron las tarifas de los servicios, se recortaron derechos adquiridos, se ajustaron casi todos los rubros del gasto público y se retrajo la actividad económica? Pero el grado de sorpresa alcanzó su máximo nivel con el resultado de 2019. Si bien el Frente de Todos ganó esa última elección recuperando la presidencia sin necesidad de balotaje, Macri registró un significativo repunte pasando de un 32,09% de votos obtenidos en las primarias a un 40,28% en el escrutinio que resultó definitivo. Desde la perspectiva de la intelectualidad crítica, ése fue el dato que colmó la medida: ¿cómo es posible que un porcentaje tan alto del electorado siga optando por Macri luego de vivir durante cuatro años bajo un gobierno que multiplicó exponencialmente los niveles de pobreza y

dejó al país –otra vez– sumido en un proceso de endeudamiento que lo someterá durante décadas a la voluntad de los capitales internacionales?

Para responder a estos interrogantes cuyo sesgo, vale repetir, trasunta desazón y enfado, la intelectualidad crítica desarrolló una serie de argumentos que se entrelazan y complementan. Presentados de manera esquemática, esos argumentos fueron los siguientes:

La derrota en la batalla cultural

Según la intelectualidad crítica, el apoyo a los proyectos nacionales y populares no logró consolidarse suficientemente porque faltó una mediación entre las políticas concretas y la construcción de una conciencia colectiva. La consolidación de políticas sociales y programas de inclusión no habrían generado una modificación del sentido común ni de la opinión pública de las poblaciones, así como tampoco habrían alcanzado para disputar la configuración de las creencias políticas ni menos aún de los valores que orientan las decisiones que los sujetos toman en sus vidas cotidianas.

En definitiva, la causa de la derrota sería una doble carencia: durante sus doce años de gobierno, el kirchnerismo no habría llegado a generar una renovación de la cultura política argentina o, al menos, no en grado suficiente. Y al mismo tiempo, muchos argentinos no habrían alcanzado a darse cuenta de que el mejoramiento de sus condiciones de vida estuvo directamente relacionado con las políticas impulsadas por los gobiernos de Néstor Kirchner y de Cristina Fernández de Kirchner.

El triunfo del macrismo sería la consecuencia de una derrota previa que las fuerzas del campo popular habrían sufrido en un enfrentamiento que muchos eligieron denominar como «la batalla cultural» (Borón, 2019). Dicho término remite a un duelo simbólico y discursivo que el kirchnerismo habría planteado para disputar ciertos sentidos fundamentales que hacen a la construcción de lo social, sentidos que por cierto las fuerzas reaccionarias habrían sabido retener bajo su dominio, tal como se habría corroborado en los resultados electorales de los años 2015 y 2017, e incluso 2019.

El rol de los medios de comunicación

La derrota del kirchnerismo en “la batalla cultural” se habría debido, en gran medida, a la influencia ejercida por los medios de comunicación. El rol que éstos cumplieron –especialmente

tras el conflicto con el campo de 2008– habría sido una de las principales razones por las que la transformación de la cultura política argentina no habría llegado a concretarse (Giardinelli, 2019).

Los medios concentrados se habrían abocado a socavar al kirchnerismo instalando una serie de mentiras y falacias que, a fuerza de repetición, habrían sido suscriptas por la mayoría de las teleaudiencias y de los radioescuchas: el kirchnerismo financia la vagancia y fomenta la pobreza para que los más necesitados sigan dependiendo del Estado; el kirchnerismo es belicista por naturaleza, censura a sus críticos y persigue a sus opositores; el kirchnerismo es intrínsecamente corrupto, beneficia a empresarios amigos y ejecuta fabulosos desfalcos al Estado; el kirchnerismo se opone a la libertad de emprendimiento, gusta de confiscar la propiedad privada y no tendrá ningún reparo en conducir a la Argentina hacia el desabastecimiento, el descontrol y el caos para, una vez allí, dar rienda suelta a sus veladas intenciones totalitaristas.

Desde la mirada de la intelectualidad crítica, todas estas intervenciones comunicacionales –tan falsas como eficaces– terminaron generando en las y los votantes la convicción de que sus carencias –reales o ficticias, efectivas o potenciales– tenían por causa las políticas desarrolladas por el kirchnerismo, particularmente aquellas que involucraban diferentes formas de seguridad social. Los medios habrían construido estas vinculaciones discursivas con el objetivo de instalar en la población la sensación de que el gobierno estaba usurpando sus horizontes de satisfacción, oponiendo así pobres contra pobres y agrietando lo que, a nivel de clase social, debiera estar unido.

El macizo ideológico

Según la intelectualidad crítica, los ataques que los medios de comunicación monopólicos dirigieron contra el kirchnerismo supieron ensamblarse con una serie de prejuicios contra todas las formas de peronismo que una gran parte de la población argentina mantiene desde el mismísimo origen histórico del movimiento que lleva el nombre de Juan Domingo Perón.

Reforzando ciertos planteos aspiracionales –la clase baja que desea ser como la clase media, la clase media que quiere convertirse en clase alta– se habrían generado dinámicas identificatorias a partir de las cuales un importante sector de la población habría pasado a percibirse de acuerdo con el modo en el que quisiera ser reconocido.

El antiperonismo histórico, devenido en un odio hacia el kirchnerismo tan visceral como irracional, se habría constituido en un “macizo ideológico” (Alemán, 2019) –noción adjudicada a Althusser– que funcionaría como un obstáculo epistémico que impediría que los sujetos logren percibir su situación material de una manera objetiva y cabal. El macizo ideológico funcionaría velando las condiciones estructurales sobre las cuales se consolidaron las dinámicas de la propiedad, ocultando el origen de la riqueza, el poder y los privilegios de la aristocracia tras el mito del emprendedurismo y la libertad de mercado. En ese sentido, el votante de la Alianza Cambiemos viviría inmerso en un particular modo de representarse a sí mismo, a su prójimo y a su entorno que lo conduciría a una percepción desfazada de la realidad.

El accionar de las oligarquías tradicionales

Basándose en ejemplos tomados de la historia argentina del siglo XX, la intelectualidad crítica caracterizó a la Alianza Cambiemos como la articulación del afán de concentración de poder históricamente detentado por la oligarquía criolla. Según esta mirada, más allá de cierta originalidad que pudiera encontrarse en los formatos comunicacionales utilizados para llegar a la presidencia, los objetivos últimos del programa del gobierno de Macri se corresponderían punto por punto con aquél que intentaron ejecutar Menem y Martínez de Hoz, y antes la Revolución Libertadora e incluso el uriburismo.

En ese sentido, si bien la Alianza Cambiemos no sería directamente equiparable con una dictadura, la intelectualidad crítica estableció fuertes vinculaciones con la impronta dictatorial, atendiendo a ciertas maniobras ejecutadas por el gobierno del presidente Macri como la represión y criminalización de la protesta social, el *lawfare* o la demonización de los líderes populares (Biglieri y Perelló, 2018).

Este rasgo distintivo mostraría la coherencia histórica de los grupos dominantes, por lo que la verdadera esencia del macrismo debería buscarse ya no en los guiones redactados por asesores publicitarios sino en la ideología concreta y perdurable del *establishment* local, apenas remozada en las expresiones del Coloquio IDEA o en las reuniones del Mini-Davos. Se trataría, una vez más, de un ataque contra las transformaciones materiales y culturales impulsadas por el peronismo desde su surgimiento.

La recapitulación de estos argumentos permite señalar que, desde la perspectiva de la intelectualidad crítica, el votante de la Alianza Cambiemos aparece como un necio, un idiota y un miserable.

Vale recordar que, en lengua latina, *nescius* comparte la raíz con términos como *scientia* (ciencia) e implica la negación de la misma; por lo tanto necio es quien, por su poco juicio, no sabe lo que podría o debería saber. Vale recordar, además, que los griegos utilizaban el término *idiotes* para referirse a aquellos que se preocupaban sólo por sí mismos y por sus intereses particulares, sin prestar atención a lo comunitario. El miserable, por su parte, es aquél que se dedica a trasladar sus desgracias a los demás.

Recuperando esos sentidos, no hay adjetivos que sirvan para calificar de manera más inmediata al retrato del votante de la Alianza Cambiemos que se desprende de los análisis desarrollados por la intelectualidad crítica. Se trata de un sujeto que, puesto a votar, termina decidiendo en contra de su interés. Su necedad lo habría llevado a ignorar el entramado de relaciones en el que su vida se inserta. Su individualismo idiota le habría impedido apreciar el vínculo entre el mejoramiento efectivo de sus condiciones materiales y las políticas impulsadas por el kirchnerismo. Y su miseria lo habría llevado a convertir su odio al peronismo en un estandarte pseudo-político.

Al dejarse llevar por su necedad y su idiotez, así como también por su miseria moral, el electorado cambiemista devenido mayoría habría condenado a la totalidad de la población argentina a quedar sometida a las disposiciones de un gobierno cuyos objetivos eran contrarios a los intereses populares. Pero el problema no termina allí. Ese carácter erróneo, viciado y deficiente del voto cambiemista habría sido amplificado por una estructura representativa que recogió esas fallas individuales y las cristalizó, legitimando una propuesta electoral fementida. Desde esta perspectiva, la democracia aparece como un sistema que permite la sumatoria de fallas particulares y las arrastra hasta convertirlas en un resultado que afecta por igual la vida de las y los votantes irracionales como la de los ciudadanos responsables.

Así, motorizada por su indignación, la intelectualidad crítica simpatizante del kirchnerismo actualizó un conjunto de reservas que estaban latentes desde 1983. Ya por aquél entonces, ciertos pensadores identificados con el progresismo advertían sobre la posibilidad de que el sistema democrático terminara legitimando a un gobierno de ricos y privilegiados, y permitiera la reinstauración de una aristocracia de nuevo tipo, por lo que la democracia debía mantenerse

bajo la estricta vigilancia de los movimientos nacionales y populares, esos mismos movimientos que habían luchado por recuperarla.

Negación del principio de igualdad, tácito cuestionamiento a la democracia

Se hace patente de este modo cómo las consecuencias de estos análisis se distancian de las bases que es necesario afirmar para que la democracia consolide tanto sus sentidos como su funcionamiento. Corresponde ahora explicar por qué, pero antes, una aclaración necesaria.

No se están negando aquí los elementos que involucran estos argumentos. No se está negando, por ejemplo, que los medios masivos concentrados hayan operado en favor de la Alianza Cambiemos. Tampoco se está negando la reivindicación de la dictadura ejecutada por una parte del macrismo, la cual puede verificarse fácilmente en los discursos de ciertas figuras del PRO o incluso en la designación de funcionarios vinculados con crímenes de lesa humanidad. No se está negando el aprovechamiento del odio que una parte de la población argentina mantiene para con todo lo que el peronismo representa. No se está negando que el gobierno de la Alianza Cambiemos haya tenido rasgos autoritarios que se plasmaron, por ejemplo, en el encarcelamiento de líderes populares, en la represión a manifestaciones y en la criminalización de la protesta social.

Lo señalado hasta aquí apunta a poner en cuestión el modo en el que estos hechos fueron enfocados por la intelectualidad crítica comprometida con el kichnerismo y las consecuencias que se derivan de dicho enfoque. En ese sentido, interesa destacar que esta clase de desacreditación del votante de la Alianza Cambiemos –necio, idiota y miserable– niega un principio democrático básico: el principio de la igualdad. Resulta claro que, lejos de cerrar discusiones, la referencia a dicho principio abre nuevos campos problemáticos. Pero es indispensable asomarse a ellos si se quiere evitar la comodidad de las simplificaciones.

Para funcionar efectivamente, la democracia necesita concretar el viejo postulado ilustrado según el cual una voluntad debe equivaler a un voto (Rousseau, 1988). En una primera instancia, esto es sólo formal y no tiene correlato material. Nada autoriza a suponer que, por sí sola, la igualdad formal pueda operar en un sentido igualador más allá del ámbito electoral. Dicho postulado puede incluso convertirse en un obstáculo para la democracia si su invocación

es utilizada para invisibilizar las diversas formas de la desigualdad. En este sentido, la apelación que aquí interesa no pretende suscribir el mito liberal que indiferencia la igualdad electoral y la igualdad económica. Vale explicitarlo: en las sociedades en las que vivimos no hay igualdad de oportunidades de desarrollo económico, no hay igualdad en el acceso a bienes y servicios, no hay igualdad en las condiciones de vida de los diferentes sectores de la población.

Justamente por esto último, la igualdad en lo concerniente a la capacidad de decidir sobre la definición de la representación política *debe suponerse*. No se trata de proponer criterios que permitan constatar si existe o no existe tal capacidad en un plano cognoscitivo, intelectual o moral, ni siquiera en clave apriorística. La capacidad de tomar decisiones políticas en primera persona debe, simple e indefectiblemente, afirmarse. Allí se ponen en juego las bases desde las que se configura lo social. De su afirmación depende que el horizonte de las diferentes formas de la igualdad se mantenga abierto. Por eso poner en duda el principio formal de la igualdad democrática hace tambalear no sólo la dinámica del dispositivo electoral sino la democracia como forma de organización socio-política.

Puesto en funciones, el postulado de la igualdad política aspira a ser algo más que la mera atribución formal del derecho al voto (Dahl, 1999): opera en un sentido relacional en tanto que convierte a un votante en igual a su contiguo (Bobbio, 1993); define un sujeto colectivo, «el pueblo», quien sólo termina de configurarse a partir de la definición de sus representantes (Saward, 2006; Duso, 2012); y –quizás fundamentalmente– cumple una función pragmática en tanto que reparte de manera pareja la responsabilidad de los representados respecto de la designación de sus representantes. Dicha responsabilidad es la contracara de la igualdad y, al mismo tiempo, la condición de posibilidad de la libertad política.

La igualdad en lo que hace a la capacidad de tomar decisiones respecto de la representación política debe darse por supuesta para que los individuos puedan tener poder de decisión equivalente. Este es el principio que permite a los sujetos funcionar como garantes de la representación y mantener a ésta siempre dentro de un horizonte de apertura, pues si todos somos iguales, nadie puede arrogarse la última palabra.

El principio de igualdad democrática no desconoce la falibilidad humana sino que la asume y la afirma buscando favorecer la proliferación de la diversidad de discursos así como también evitar las cristalizaciones del poder. Por ello la democracia necesita para su funcionamiento y

para sus objetivos postular una universalización de las capacidades de juicio y de decisión, pues sólo de ese modo la representación política puede desmarcarse de las égidas monopólicas y monolíticas. La democracia postula la igualdad para incluir; de allí que la negación de la igualdad solo pueda implicar formas de exclusión (Näsström, 2017).

Lo que se desprende de los desarrollos con los que la intelectualidad crítica comprometida con el kirchnerismo buscó explicar el triunfo electoral de la Alianza Cambiemos supone un problema de fondo pues pone en entredicho la capacidad de los sujetos en tanto votantes. Si las y los electores son meramente manipulados, si actúan como marionetas dominadas por los medios concentrados, ¿por qué deberían seguir detentando el derecho de participar de la toma de decisiones en lo que respecta a la representación política? No es necesario extender mucho más allá este tipo de apreciaciones, pues se sabe sobradamente hacia dónde conducen.

Afirmar, entonces, que el votante del macrismo es intrínsecamente necio, idiota y miserable atenta contra la suposición de la igualdad que la democracia necesita como postulado básico. Y esto tiene consecuencias formales pero también cualitativas, repercusiones que colocan a esas interpretaciones dentro de un conjunto por lo menos incómodo.

Viejas y nuevas críticas a la democracia: no las une el amor sino el espanto

Las controversias en torno a la democracia argentina no tienen nada de novedoso. En sus diferentes versiones, fueron desarrolladas por un arco de perspectivas que van desde el conservadurismo liberal hasta la izquierda marxista pasando por el republicanismo. Cada una de estas tradiciones despliega cuestionamientos de acuerdo a sus supuestos y a sus nociones básicas. Los liberales-conservadores señalan que la universalización de la democracia conllevaría indeseables formas de masificación que obstaculizarían los horizontes del proyecto civilizador occidental (García Venturini, 2003). Los marxistas denuncian que, reducida a un sistema de elección de autoridades, la democracia no serviría más que para perpetuar el régimen de acumulación vigente pues la transformación de las relaciones sociales de producción no estaría dentro de sus posibilidades ni tampoco dentro de sus aspiraciones (Bonnet, 2015). Los republicanistas, por su parte, advierten sobre los peligros del personalismo populista, desvío que recorrerían las democracias no suficientemente asentadas sobre la base

de la división de poderes y los valores cívicos (Rosler, 2016). Estos caminos argumentales son tan diversos como diferentes son sus puntos de partida. Sin embargo, terminan confluyendo en una delicada intersección, pues todos ellos arrojan un manto de desconfianza sobre el funcionamiento democrático.

Como se mostró en los apartados anteriores, las interpretaciones que la intelectualidad crítica argentina desplegó para explicar el advenimiento de la Alianza Cambiemos encierran derivas que, por otras razones y de un modo que no por menos explícito resulta menos susceptible, también ponen en cuestión a la democracia. Con esos desarrollos, quizás sin proponérselo, la intelectualidad crítica termina sumando su voz al coro disonante conformado por esas tradiciones a las que históricamente ha enfrentado.

Teniendo en cuenta el amplio reconocimiento que entre científicos sociales y politólogos reúne el tópico de la crisis de la representación (Pitkin, 2004; Wolin, 2008), la presencia de cuestionamientos a la democracia podría resultar no tan llamativa en otras latitudes y en otras geografías. Pero el horizonte socio-cultural argentino, sin estar del todo ajeno a esa problemática, reúne otras particularidades: en Argentina, además de replicar casi todas las tensiones, límites y problemas incluidos desde su surgimiento histórico, la democracia tiene por característica eminente la de contraponerse a las dictaduras (O'Donnell, 2002).

Quienes nacimos en Argentina durante la última dictadura genocida y vivimos nuestra infancia en el contexto del retorno democrático hemos sido marcados por una frase: con la democracia no sólo se vota –se eligen las autoridades del gobierno– sino que también se come, se cura y se educa. El consabido cierre del discurso que diera Raúl Alfonsín al asumir su presidencia transmitía ese mensaje: con la llegada de la democracia, todo estará bien. En ese sentido, el término «democracia» funcionaba como sinónimo de justicia y libertad; era la posibilidad de construir una vida colectiva mejor para todos.

En nuestra actualidad, algún revisionismo no muy lucido le imputa a esa frase un exceso de candidez. Con cierta liviandad, se afirma que ella debería inscribirse en la tradición literaria del realismo mágico latinoamericano, pues sólo de ese modo podría tener sentido la aparente pretensión de fundar una cultura cívica capaz de producir por simple emanación todas las reformas que se necesitaban para reorientar a la Argentina hacia el horizonte del progreso. Semejante interpretación no tiene en cuenta el contexto en el que esa consigna fue formulada.

En 1983, Argentina apenas salía del infierno dictatorial y resultaba indispensable ubicar a la democracia en el lugar del valor más alto. No era menester poner en cuestión al sistema democrático, señalar sus límites ni enumerar sus contradicciones.

Sin pretender resguardar la figura de Alfonsín del juicio de la historia, aquí interesa destacar otra interpretación para esa frase. «Con la democracia se come, se cura y se educa» encuentra un sentido muy diferente si se la piensa como una forma de sacralización: la democracia es el horizonte que no debe cuestionarse bajo ninguna circunstancia, pues su falta abre la puerta a nuestros peores males. Para comprender esto en su justa dimensión, alcanza con recordar que tuvieron que pasar casi 70 años desde el primer golpe de Estado que registró la historia argentina para que un presidente pudiera terminar su mandato dentro de los plazos estipulados por la Constitución. Cabe afirmar, entonces, que el *dictum* alfonsinista tiene por contracara nuestra hora más oscura. En efecto, la experiencia de la dictadura retorna de manera continua y constante, aunque algunos prefieran negarla. Vuelve y es necesario volver a ella para revisarla y repensarla, para que no acontezca nunca más, pero también para comprender que nos resulta constitutiva y que, en muchos aspectos, *sigue sucediendo*. Desde esta mirada, la frase mantiene hoy aquel sentido que ya tenía en 1983.

En este punto resulta muy significativa la tesis de Silvia Schwarzböck (2016) según la cual la última dictadura-cívico militar continuó luego de que la Junta de Comandantes entregara las atribuciones del gobierno a un presidente designado democráticamente. Dicha continuidad estaría jugándose en niveles que subsisten muy por debajo del plano institucional, niveles en los que la reproducción de idearios propios de las burguesías conservadoras mostraría de manera palmaria la derrota del campo popular. Esta tesis sirve para impugnar los tecnicismos politológicos que establecen una oposición binaria entre un período dictatorial y otro democrático: así comprendida, la postdictadura persiste más allá del final cronológico del gobierno militar, y –lo que seguramente es peor– también más allá de la formalidad institucional que, a modo de sinécdoque, expresaría la continuidad de elecciones regulares.

Pero afirmar la continuidad de las lógicas dictatoriales más allá de 1983 no implica minimizar la importancia de que la Constitución esté vigente y de que se llamen a elecciones libres y periódicas. Antes bien, tesis como las de Schwarzböck conducen a concluir todo lo contrario: reconocer que la dictadura es una amenaza que se mantiene latente debe reafirmarnos en nuestra convicción de defender a la democracia más allá de cualquier circunstancia.

Consideraciones finales: la importancia estratégica de defender la democracia

El modo en el que la intelectualidad crítica comprometida con el proyecto kirchnerista procuró dar cuenta del triunfo electoral de la Alianza Cambiemos no ha sido satisfactorio. Estas líneas han procurado marcar los límites de algunas de las argumentaciones propuestas por esa forma de pensamiento para mostrar la persistencia de una necesidad urgente: establecer un abordaje crítico del fenómeno que esté a la altura del desafío, el cual, por cierto, es enorme. Para cubrir esta necesidad, la intelectualidad crítica deberá proponerse un ejercicio diferente si pretende mantener sus posibilidades de intervención en la arena de la discusión política.

Para analizar la llegada de Cambiemos a la presidencia de la Nación será necesario considerar las profundas mutaciones que se registraron en las lógicas de la representación política, los modos de articulación de nuevas demandas sectoriales, la transformación en los procesos de construcción de identidades individuales y colectivas. Será importante, además, revisar la tipificación habitual de las derechas. En efecto, un emergente como el PRO pone en cuestión esas clasificaciones pues si bien detenta algunos rasgos fácilmente vinculables a las tendencias más rancias y reaccionarias de la historia política argentina, también muestra características inéditas que de algún modo lo desmarcan de las tradiciones militaristas y liberal-conservadoras. En ese sentido, estaríamos en presencia de una nueva derecha a la que no sólo no le incomodaría la democracia sino que se valdría de la misma para construir su legitimidad (Vommaro y Morresi, 2015).

Todos estos señalamientos muestran la complejidad que este fenómeno reviste. De allí que caracterizar al electorado cambiemista remitiendo exclusivamente al influjo de los medios hegemónicos o a limitantes ideológicas y morales termina redundando en una simplificación. Pero el problema no termina allí pues, como se ha procurado mostrar, perfilar un votante necio, idiota y miserable implica una negación del principio de la igualdad que conlleva una puesta en cuestión de la democracia. Y esto supone un riesgo que la intelectualidad crítica no puede permitirse. La historia argentina abunda en ejemplos de proyectos políticos antidemocráticos que buscaron por medios generalmente violentos hacer a un lado la regla de las mayorías en pos de que los autoproclamados «mejores» se hicieran cargo de tutelar la sociedad para así

cumplir su supuesta misión de elevar la Nación hacia una etapa superior. Atendiendo a su trayectoria, es de esperar que la intelectualidad crítica argentina articule los esfuerzos que sean necesarios para que las consecuencias de sus argumentos no terminen sonando peligrosamente parecidas a las propuestas de aquellos a quienes históricamente ha enfrentado.

Esto no quiere decir que no pueda criticarse a la democracia. Está claro que no vivimos dentro de ese equilibrio cívico cuasi-perfecto que enseñaban los manuales escolares; antes bien, habitamos una democracia mucho menos sencilla y transparente, mucho más abigarrada y compleja. De hecho, en estas líneas la democracia ha sido pensada como un modo de organización socio-política para resaltar sus supuestos y marcar las tensiones que indefectiblemente contiene. La democracia es una noción controvertida (*contested concept*). Y está bien que así lo sea ya que incluye dimensiones empíricas y normativas que son inseparables, y a menudo indistinguibles.

Los procesos de democratización tienen como horizonte la inclusión no sólo formal sino también política y social de grupos poblacionales que de otro modo se quedarían sin ninguna defensa frente a las diversas formas de la opresión. Esta dinámica otorga entidad a un conjunto de conflictos sociales que de otra manera quedarían relativizados o bien directamente invisibilizados. Eso es lo que motiva el cuestionamiento y el rechazo que dirigen hacia la democracia quienes ven desafiadas sus posiciones de poder económico, político e ideológico. De allí que los procesos de democratización expresen el resultado de las tensiones entre los reclamos de los excluidos y las resistencias de los satisfechos.

En definitiva, la defensa de la democracia debe afirmarse de manera irrestricta pues la misma encierra una virtualidad estratégica que, en el marco de la realidad argentina, la convierte quizás en la última barrera de defensa frente al conservadurismo activo de las oligarquías remozadas y al avance desenfrenado de los capitales concentrados.

Referencias bibliográficas

AA.VV. (2016). "Estados de la crítica". *El Ojo Mocho. Revista de crítica política y cultural* 6: 3-8.

- Alemán, J. (27 de noviembre de 2019). "El neoliberalismo no respeta la democracia", *Diario Contexto*, consultado el 10 de mayo de 2020, <https://www.diariocontexto.com.ar/2019/11/27/jorge-aleman-el-neoliberalismo-no-respeta-la-democracia/>
- Biglieri, P. y Perelló, G. (2018). "Populismo y retorno neoliberal. Algunas reflexiones tardías sobre el kirchnerismo y tempranas sobre el macrismo". *Ecuador Debate* 104, 68-81.
- Bobbio, N. (1993). *Igualdad y libertad* (Trad. Pedro Aragón Rincón). Barcelona, España: Paidós.
- Bonnet, A. (2015). *La insurrección como restauración. El kirchnerismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Borón, A. (20 de noviembre de 2019). "América Latina y el fracaso de la batalla cultural". *Diario Al revés.*, consultado el 17 de mayo de 2020, <https://alreves.net.ar/america-latina-y-el-fracaso-en-la-batalla-cultural/>
- Caletti, S. (2000). "¿Quién dijo República? Notas para un análisis de la escena pública contemporánea". *Versión* 10, 15-58.
- Dahl, R. (1989). *La poliarquía. Participación y oposición* (Trad. Julia Moreno San Martín). Madrid, España: Tecnos.
- Dahl, R. (1999). *La democracia. Una guía para los ciudadanos* (Trad. Fernando Vallespín). Madrid, España: Taurus.
- Duso, G. (2012). "Ripensare la rappresentanza alla luce della teologia politica". *Cuaderni Fiorentini per la storia del pensiero giuridico moderno* 41, 9-47.
- García Venturini, J. L. (2003). *Politeia*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Ediciones Cooperativas [1977].
- Giardinelli, M. (9 de diciembre de 2019). "La tarea", *Página/12*. Consultado el 20 de febrero de 2020, <https://www.pagina12.com.ar/235448-la-tarea>
- O'Donnell, G. (2002). "Human development, human rights and democracy". *Documento de Trabajo 1, Taller "Calidad de la democracia y desarrollo humano en América latina"*. PNUD.
- Näsström, S. (2017). "La representación democrática más allá de la elección". *Pléyade* 20, 105-136.

- Pitkin, H. (2004). "Representation and democracy: an uneasy alliance". *Scandinavian Political Studies* 27-3, 335-342.
- Rosanvallón, P. (2006). *Democracy Past and Future*. Nueva York, Estados Unidos: Columbia University Press.
- Rosler, A. (2016). *Razones públicas. Seis conceptos básicos sobre la república*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Katz.
- Rousseau, J. J. (1988). *El contrato social* (trad. Mauro Armiño). Madrid, España: Tecnos.
- Saward, M. (2006). *The Representative Claim*. Oxford, Inglaterra: Oxford University Press.
- Schwarzböck, S. (2016). *Los espantos. Estética y postdictadura*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Cuarenta Ríos.
- Tatián, D. (2019). *Lo que no cae. Bitácora de la resistencia*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Cuarenta Ríos.
- Vommaro, G. y Morresi, S. (organizadores) (2015). "*Hagamos equipo*". *PRO y la construcción de la nueva derecha argentina*. Los Polvorines, Argentina: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Wolin, S. (2008). *Democracy Incorporated. Managed Democracy and the Specter of Inverted Totalitarianism*. Nueva Jersey, Estados Unidos: Princeton University Press.